

UNA EXPOSICION DEL PINTOR ENRIQUE SEGURA

SE ha celebrado una nueva exposición del pintor Enrique Segura. En esta nueva perspectiva de su obra, siempre renovada, se acusa una vigorosa madurez del artista. Lo cierto es que, frente a la más rigurosa exigencia crítica, innumerables muestras de la pintura contemporánea —entre las que Enrique Segura representa una notoria y señera excepción— se derrumbaría como si se tratase de ídolos alzados en un barro deleznable. Sólo una benévola actitud del observador, salva a la producción pictórica actual de la fustigación merecida. Asistimos a un extraño fenómeno que se resume a la presencia desmedida en el ámbito artístico, de supuestos valores que no resistirían los argumentos de un juicio implacable.

La tendencia al «adornismo» desvía la autenticidad de la pintura hacia los horizontes lamentables y aburguesados de la decoración. La notoria imprevención intelectual de los grupos sociales que constituyen el público frívolo de las exposiciones de pintura, garantiza el indudable comercialismo de cualquier empresa de carácter mediocre.

Jamás, como ahora, los lienzos se han cuajado de flores y nunca, como hoy, éstas han florecido con tan poca lozania pictórica.



Majo de Ronda, por Enrique Segura



Bodegón, por Enrique Segura.

Es cierto que aun hay quien hecha de menos, con deliciosa melancolía, la estampa antigua de los cuadros de flores de Arellano. Pero, la mayoría de las veces, inclina su admiración a esos lienzos multicolores que, generalmente, se califican de «muy decorativos» y cuyo valor esencial estriba, seguramente, en la calidad intrínseca de la madera que los enmarca.

Con inusitada audacia, son muchos hoy los que se han repetido la solemne frase: «Anche io sono pittore.» Y sin una auténtica vocación que lo determine, se lanzan al mundo de la pintura con la ingenua frivolidad de quienes, sin razón ninguna, se consideran dichosamente predestinados a la noble tarea del arte.

En medio de este laberinto pictórico, crecen fugaces glorias, a las que el tiempo marcará una vida efímera. Mas, junto a ellas, la historia guarda un honor perdurable a algunas obras excepcionales que los años coronarán con laureles inmarcesibles. Tal es el caso de las admirables realizaciones con que Enrique Segura avanza por los dominios del arte. Se distingue, ante todo, su pintura por sus rasgos de difícil autenticidad. Segura, en la superación de su quehacer pictórico, no ha conocido la línea fácil de lo cómodo. Afronta los temas como quien se plantea una incógnita problemática que sólo un espíritu verdaderamente estudioso pudiese, con exactitud, resolver. No rehuir nunca lo que exige estudio y trabajo profundo, es el mejor lema que Enrique Segura puede grabar en los blasones de su ejecutoria artística.

Pero seguir el camino difícil no es alicortar al genio la gracia sutil de la espontaneidad. En los lienzos de Segura vibra una admirable fluidez de matices que da a sus perspectivas volumen y transparencia unas veces y rotunda corporeidad o infinitud espacial otras. Los cuerpos reciben, de la inspiración de Enrique Segura, profunda encarnación humana, y el aire, esa levedad impalpable que sólo supieron pintar los grandes maestros. En él se conjuga maravillosamente la disposición para el retrato, la captación colorista de un paisaje o el estudio zurbaranesco de esos objetos que constituyen el tema último de un bodegón. Cualquier aspecto de la pintura que requiera la atención de sus pinceles, es

tratado, por obra de su asombrosa personalidad artística, con la soltura ejemplar e insuperable maestría de quien domina todos los secretos de la más rigurosa técnica.

Por eso, cada nueva salida a la actualidad de las obras de Enrique Segura, significa, para los que mantienen todavía limpio el ánimo de influencias deformadoras, una auténtica fiesta espiritual.

